

Elogio del renterianismo

Creo en el renterianismo como en una cosa de cuya existencia no es dable dudar; espero en él, pues confío en que servirá para mantener la armonía entre los que lo sentimos; y lo amo sobre todas las cosas de este mundo, como buen renteriano que quiero ser.

Ahora bien, ¿qué es el renterianismo? La verdad es que yo mismo, que he usado del vocablo más de una vez, en mis conversaciones y en mis breves correrías periodísticas—periodismo ramplón de corresponsal de pueblo—no sabría definirlo. Su concepto se escapa a toda definición concreta. ¡Pero, señor! ¿Es tan difícil perfilarlo? ¿Es que no tiene alguna condición o matiz especial que lo cualifique? ¿O habrá que reputarlo como una abstracta creación de la fantasía?

Es probable, y casi me atrevería a afirmarlo, que no existe un matiz determinado que defina y caracterice el renterianismo. Muy al contrario, presenta una gran variedad de ellos. Tenemos el renterianismo rudamente cordial de Cosme Echeverría; el renterianismo socarrón e indolente de Enrique Imaz; el renterianismo chacotero—nacido en el Uruguay—de Jesús M.^a Egurrola; el renterianismo optimista y plazeramente estomacal de “Garibaldi”; el renterianismo discreto, aunque ferviente, de Enrique Elizechea; el renterianismo fogoso y bullicioso, de Andoni Zapirain, y otras veinte mil variedades más.

Aunque examinemos uno a uno los varios renterianismos citados, en busca del “hecho diferencial”—como se dice ahora—no se hace luz sobre el asunto. Topamos con todos los colores del arco iris—y algunos más—y no nos es factible extraer un elemento característico y preponderante que matice y dé tono al renterianismo. ¿Será que no existe? Sí, existe y hasta se palpa. ¿Será que no he citado yo arquetipos de renterianismo neto? En modo alguno; ¿quién será el osado que se atreva a negar que Andoni, Zapirain y Enrique Elizechea, “Garibaldi” y Egurrola, Enrique Imaz y Cosme Echeverría sean insuperablemente renterianos? El que sostuviere lo contrario, miente, y no es de los nuestros; o, por lo menos, no merece serlo.

¡Viva, afortunadamente, mil y mil años el renterianismo, aunque no sepamos en qué consiste!

Ni falta que hace para quien lo sentimos dentro y lo llevamos bien arraigado. ¡Mantengamos, como fuego sagrado, esta llama cordial que alienta el verdadero, el único espíritu renteriano! Ese sentimiento que se ha escurrido del análisis, pero que se concreta en amar intensamente a la Villa, en honrarla con un “jatorrismo” sin jactancias, y en ostentar con noble satisfacción orgullosa, el membrete renteriano. Y procuremos que esa nota propia, tienda a ser ampliamente universal, consoladoramente humana, sin perder un ápice de su sabor indígena.

No obstante, las luchas políticas y partidistas, mal enfocadas, son un peligro que amenaza con empañar la cordialidad del renterianismo. Empañar nada más, no destruir; porque sería imposible destruir ese vínculo espiritual—sutil y alado, caluroso y ferviente—que enlaza a cuantos pensamos y sentimos en renteriano.

Quienes con una visión mezquina, con un horizonte limitado y con miopía absurda quieren envenenar la limpia y noble ejecutoria del renterianismo ¡son unos falsarios! ¡es que no son, ni merecen ser renterianos! Mezclan la grandeza de las ideologías personales en pobres luchas intestinas, en torpes disensiones fraticidas, teñidas de violencia y de rencor, es empequeñecerse y adulterar esa bella condición de convivencia que es el renterianismo. Es confundir y enlodar en pequeñas banderías rastreras lo que precisamente está o debe estar informado de tolerancia, de comprensión y de respeto mutuo.

Un renteriano que sepa serlo y que merezca tal consideración, nunca ha de ver enemigos en los demás que ostenten dignamente el mismo nombre: sólo ha de ver en ellos, renterianos, hermanos renterianos.

Haré una confesión franca. De pequeño, me enorgullecía ruborosamente denunciar mi origen renteriano; de adolescente, gustaba de hacer resaltar mi condición de buen renteriano; y ahora, cuando ya me voy haciendo hombre, tengo a gala y mucha honra descubrir mi espíritu intensamente renteriano.

¡Renteriano siempre, en todas partes y con toda mi alma!

Jesús Los Santos